XXXI Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

LA CATEDRA DE MOISÉS

Padre Pedrojosé Ynaraja

Probablemente, mis queridos jóvenes lectores, no os habéis entretenido en saber qué es eso de la "cátedra de Moisés". Os confieso que a mí, durante mucho tiempo, me pasó lo mismo. Cambio un día, visitando las ruinas de Corozaín, en la baja Galilea. Un cartel me advirtió que aquello que estaba pegado a la pared, era "la cátedra" de la sinagoga (sinceramente, se trata de una copia, el original está en el museo de Israel). Como no me conformo con mirar y fotografiar, he hecho las oportunas averiguaciones, que os voy a resumir. Los israelitas se sentaban habitualmente en el suelo, tanto para hablar, como para comer o escuchar. Ocupar un lugar elevado, era un signo de superior categoría. Los maestros que ejercían en los pórticos del Templo, lo hacían sobre una simple piedra (Acordaos de Rabí Gamaliel y Pablo discípulo a sus pies, como él mismo reconoce), los soberanos se sentaban en un trono.

Las sinagogas tenían una especie de conserje-director-gerente, que ejercía una cierta autoridad. Tal vez deberíamos llamarle moderador. Era quien protegía los rollos de la Ley y los guardaba. Quien escogía al capacitado para leer el fragmento de la Ley que tocaba, escrito en lengua hebrea, traducirlo a la común de entonces, el arameo, y explicarlo, señalando las exigencias correspondientes. Generalmente eran muy versados. En sus escuelas, lo tenían todo medido y calculado. Sus comentarios corresponderían, de alguna manera, a lo que hoy llamamos homilía. Esta función la ejercían en la cátedra de la que os he hablado al principio que, vuelvo a repetiros, no era un cómodo sillón. Pero quien en él reposaba y predicaba, evidentemente, gozaba de respeto y prestigio social, más o menos justamente conseguido. Es de ellos de los que Jesús habla en el fragmento que leemos en la misa de hoy.

No hay ahora cátedras de tal categoría, pero algo semejante ocurre con conferenciantes y escritores. Dotados de gran erudición algunos, deslumbran al auditorio. Les advierten que hasta entonces se habían ignorado muchas cosas y aceptado costumbres equivocadas. Ellos se atreven a proclamar ideas que a nadie se les había ocurrido antes. Quien escucha deberá aceptar, si no quieren caer en el ridículo, aseguran. Dictan normas hasta entonces desconocidas, según afirman, que el auditorio servilmente debe cumplir. Cuando se han cargado todo lo que los demás venían conservando y ellos han condenado, desaparecen de la escena. Boquiabiertos se quedan los oyentes, sienten haber vivido hasta entonces equivocados. Pero acertadamente no se contentan con discursos, quieren testimonios y no los encuentran. El Señor advierte: escuchad verdades, pero no imitéis comportamientos de los tales. ¡Cuantos hoy en día, acabada su diatriba,

alarmado el auditorio con sus calculadas estadísticas sobre el hambre y se retiran de inmediato a gozar de una opípara cena en un restaurante! (es sólo un ejemplo)

No ignoréis las injusticias que se cometen, no desconozcáis la corrupción de algunos gobernantes, no seáis ajenos a tantas arteras maniobras comerciales. Pero en vuestro proceder, mis queridos jóvenes lectores, sed coherentes con vosotros mismos. Que si un día tenéis sed y os limitáis a beber un vaso de agua, privándoos de una "cola", vuestro pequeñito sacrificio, es más útil que si plantáis carteles subversivos, de los que se aprovecharán grupos que probablemente quieren manipularos.

Tampoco deis demasiada importancia a titulaciones académicas, a condecoraciones. Desconfiad de populacheros, del género que sean. Solo Jesús no engaña. El Jesús que promete y sufre la angustia de Getsemaní. El que huye de que lo hagan rey y reconoce serlo cuando maniatado y ultrajado, está a punto de ser ajusticiado. El que por este camino conduce su vida, y trata de que se le asemeje, resucitará con el Maestro.

Padre Pedrojosé Ynaraja